

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

*Año VIII*

*Barcelona 27 de Mayo de 1897*

*Núm. 340*

NOVELISTAS CÉLEBRES



ARMANDO PALACIO VALDÉS



## Crónica

El *Diario de Barcelona* se mostró el sábado alarmadísimo con motivo de la apertura de las Cámaras.

El abuelo de la prensa pedía á Dios que pusiera tiento en las lenguas de los padres de la patria, porque temía que de los futuros debates no había de sacarse más fruto que el ridículo en que nos pondremos los españoles cuando los demás países sepan que se discuten los actos del Gobierno y que se señalan las deficiencias de la Administración, y, sobre todo, cuando se llegue á averiguar que los ministeriales no quieren bajar y que las oposiciones quieren subir.

¿Qué dirán las naciones extranjeras? Porque en ellas no pasa lo mismo.

¡Da gusto ver como se conducen las naciones extranjeras en sus asuntos interiores! ¿Posponer el bien de la patria al interés particular? ¡Eso no sucede más que en España! ¿Sacar á relucir los trapitos sucios en los debates parlamentarios? ¡Jamás!

Fuera de España, no se discute al Gobierno; las irregularidades administrativas se denuncian en secreto, y así no podemos enterarnos de esa vergüenza de Francia llamada Panamá, ni de la otra de Italia relacionada con los Bancos, ni de las derrotas de los italianos en Africa y sus consecuencias en el Parlamento de Roma, ni de los actos del Almirantazgo inglés discutidos en la Cámara de los Comunes.

No hay abuso, escándalo ni discusión acalorada, en el extranjero, que traspase los límites de la nación respectiva.

Y es proverbial la finura y corrección que distingue á las oposiciones en otros países. Nunca se ha oído, ni se ha leído, que en Francia, por ejemplo, se dieran de palos y bofetadas dos padres ó tíos de la patria. No, señor; allí se habla de esta manera:

—Señores diputados: No sé si atreverme á indicar al Gobierno, de una manera suave y cariñosa, que su proyecto no es del agrado de las minorías y que no satisface por completo los anhelos del país, aunque éste se muestra agradecido á los continuos halagos de este ministerio paternal.

Y contesta un ministro:

—¿Por qué no lo decía antes Su Señoría? El Gobierno está dispuesto á modificar el proyecto, si no es del gusto de los señores.

—¡Ah! Por nosotros no se moleste el señor Ministro. ¡No lo modifique! Ese proyecto nos perjudica y casi nos arruina, pero basta que sea cosa del Gobierno, para que lo aceptemos gustosos y sumisos.

—Es muy amable Su Señoría.

—Y el señor Ministro muy galante.

—¡Muchas gracias, amigo mío!

—¡No hay de qué, retrechero!

\* \* \*

El caso es que Mañé y Flaquer y Teodoro Baró (consecuente conservador) no esperan nada bueno de las Cámaras y, á través de las sesiones, todo lo ven negro.

Para ellos el Senado y el Congreso son *Cámaras... obscuras*.

\* \* \*

La misteriosa llegada del general Martínez Campos ha causado asombro Martínez Campos; es decir, general.

*El Noticiero* dice que, entre las varias personas que se apresuraron á ir á saludar al héroe de Sagunto, estaba su redactor (no del héroe: del *Noticiero*), Sr. Simó, y su director D. Francisco Peris Mencheta.

Y entre los que fueron al día siguiente á visitar á D. Arsenio figuraban D. Francisco Peris Mencheta y D. Juan Simó.

El general salió para Teyá y fueron á despedirle, entre otras personas, D. Juan Simó y D. Francisco Peris Mencheta.

¡Qué honor para *El Noticiero*... y qué lata para Martínez Campos y para los lectores! Ya sabemos á quienes encontraremos en la estación, cuando regrese de Teyá el famoso caudillo de la hoja interrumpida.

A D. Francisco Peris Mencheta y á D. Juan Simó.

\* \* \*

A pesar de las repetidas visitas de los supradichos director y redactor, *El Noticiero* no ha podido trasladar á sus columnas las opiniones del general sobre la marcha política.



Sólo sabemos que se ha marchado, políticamente, á la finca del señor Godó, para descansar.

¡Y qué descansados se habrán quedado Simó y Mencheta, después de darnos noticia tan trascendental!

\* \* \*

Otra inauguración.

La de la temporada hípica.

Hay quien afirma que la raza caballar está llamada á desaparecer, como la forma poética.

Y ni se acaban los poetas, ni los jokeys.

Mientras haya quien monte con inspiración y elegancia y quien escriba al galope, tendremos *stepeed chase* y cantares.

La bicicleta no destruirá la afición hípica, ni las clásicas formas poéticas serán substituidas por la abrumadora prosa.

En Mayo tenemos siempre Juegos florales y carreras.

En aquéllos, esta vez, ganó la carrera de obstáculos el señor Matheu.

¡A ver quién se lleva la flor natural en el Hipódromo!

\* \* \*

No sólo regresan de América lo generales,

También vuelven los cómicos, después de haber obtenido señalados triunfos.

Ahora le ha tocado el turno de regreso á Julio Ruiz y aquí le tenemos, en Eldorado, tras una ausencia de cinco años.

El público barcelonés, que le aprecia en lo que vale (y vale mucho), ha correspondido al saludo del artista con lo que éste más agradece y estima: con una cariñosa ovación.

Bienvenido sea el saladísimos actor, mi amigo y excompañero bonaerense, á quien saludo, recordando nuestros días de emigración, con la clásica frase porteña:

¿Cómo dice que le va?

Espero que en el número próximo de LA SAETA me contestará con su proverbial salero.

J. DE LA CRUZ FERRER.

## Chispas

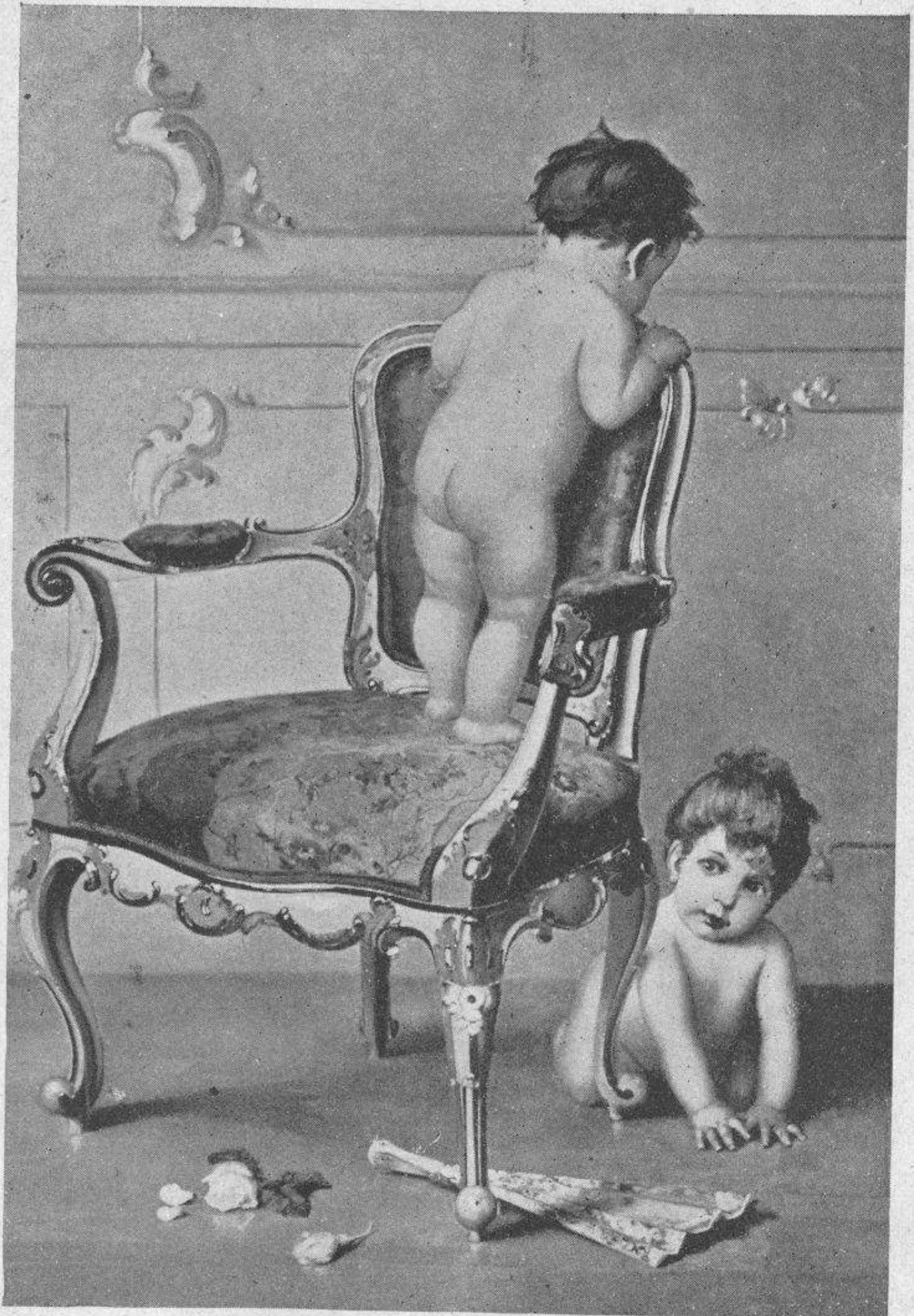
Nunca te quejes en verso,  
porque los versos son lágrimas  
sólo cuando están bien hechos.

¡Qué cosas tiene mi sastre!  
Pone «recibí» en las cuentas  
¡y eso ya es adelantarse!

Cuando no exista verano,  
ni otoño, ni primavera,  
¡será invierno todo el año!

EMILIO CORTIGUERA.

R. KORTING



¡Bu! ¡Bu!



J. TRIADÓ



Ha habido riña



## Postrimerías de una dueña

(IMITACIÓN DE QUEVEDO)

Y muerta pide y enterrada engaña.

Desde el fondo de una cama  
y de entre unos huesos momias,  
que en cárcel de pergamino  
viven como en casa propia,  
en són de quien se confiesa  
y antiguas culpas pregona,  
abanico de un colmilio,  
una voz gastada y bronca,  
de este modo á un capuchino  
le cuenta añejas historias:

«Nací, sábenlo mis culpas,  
allá en edad tan remota,  
que de mi fe de bautismo  
no hay nadie que haga memoria.

Pasé mis años primeros  
vendiendo de mi persona,

con vocaciones de dueña,  
aunque con gustos de moza.  
Lechucita de bolsillos  
y gerifalte de bolsas,  
lancé á volar mi hermosura  
de la corte por las bóvedas.

Mas ¡ay! que todo se gasta,  
el tiempo sopla carcoma,  
y mis envidiadas gracias  
me hicieron gracia á mí sola.

Con el rostro todo arrugas  
y el talle todo corcovas,  
la que de sus obras vive  
¿qué hará si no ajenas obras?

Díme á zurcir voluntades;  
de gustos fuí intercesora;  
que fué mi intención honrada  
lo diga quien me conozca.

Mal hablan de mis dobleces;  
doblar se humildad denota;  
yo de mis aumentos vivo,  
y dobleces doblan doblas.

Si mis alabanzas quieren,  
que empiece la corte toda,  
que las trompas de la fama  
las he dejado ya roncás.

He sido en mi larga vida  
más esperada que flota,  
más deseada que herencia,  
más mimada que cotorra.

Más interés he tenido  
que entre ginoveses joya,  
y más limosnas me han hecho  
que juntas siete parroquias.

Los sotos del Manzanares  
harto conocen mis tocas;  
que más de un lance les deben  
á estas manos pecadoras.

Mis hechizos pregonados  
fueron, no siendo yo hermosa,  
que en pregones y en la plaza  
se me llamó encantadora.

De que serenatas tuve,  
que mis espaldas respondan,  
que en ellas grabadas llevo  
notas á punto de solfa.

Estos son, padre, mis yerros,  
no quiero decir mis honras,  
que es sabido que el encomio  
no está bien en boca propia.

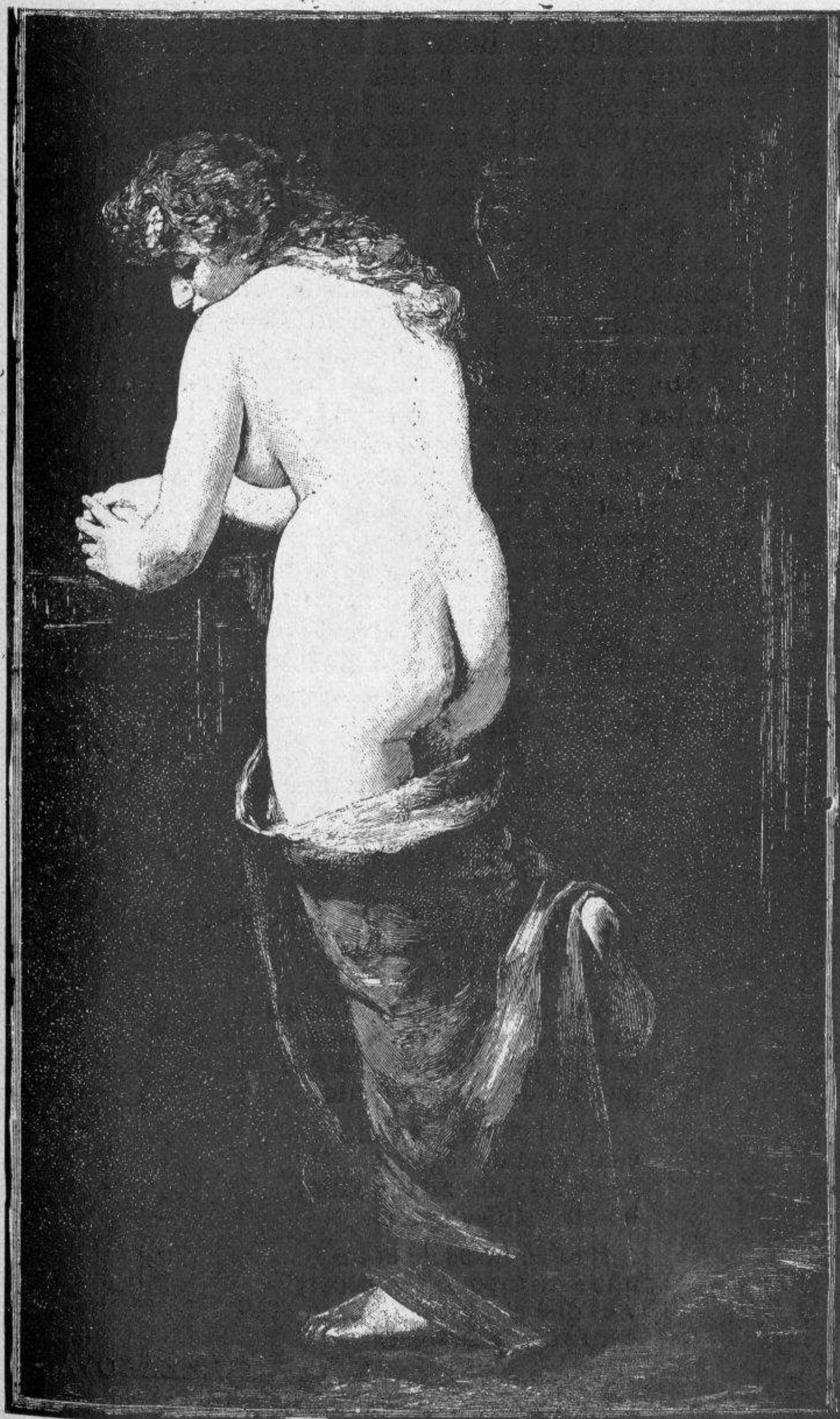
Enclavada en esta cama  
me tienen ya la persona,  
cincuenta Eñeros de dueña  
con cincuenta de buscona.

El respirar se me acaba,  
de dar el salto ya es hora;  
mas no me apuro, que dejo  
discípulas que me honran.

Y aquí, buen padre, concluyo,  
que va la vida de gorja;  
me arrepiento, si he pecado;  
echadme la absolutoria.»

Y doblando la cabeza,  
y haciendo una carantoña,  
por pedir, pidió perdones,  
por tomar, tomó una droga.  
Y dejando entre las mantas  
la percedera escoria,  
á dar qué hacer al infierno,  
el alma partióse en postas.

ANGEL R. CHAVES.



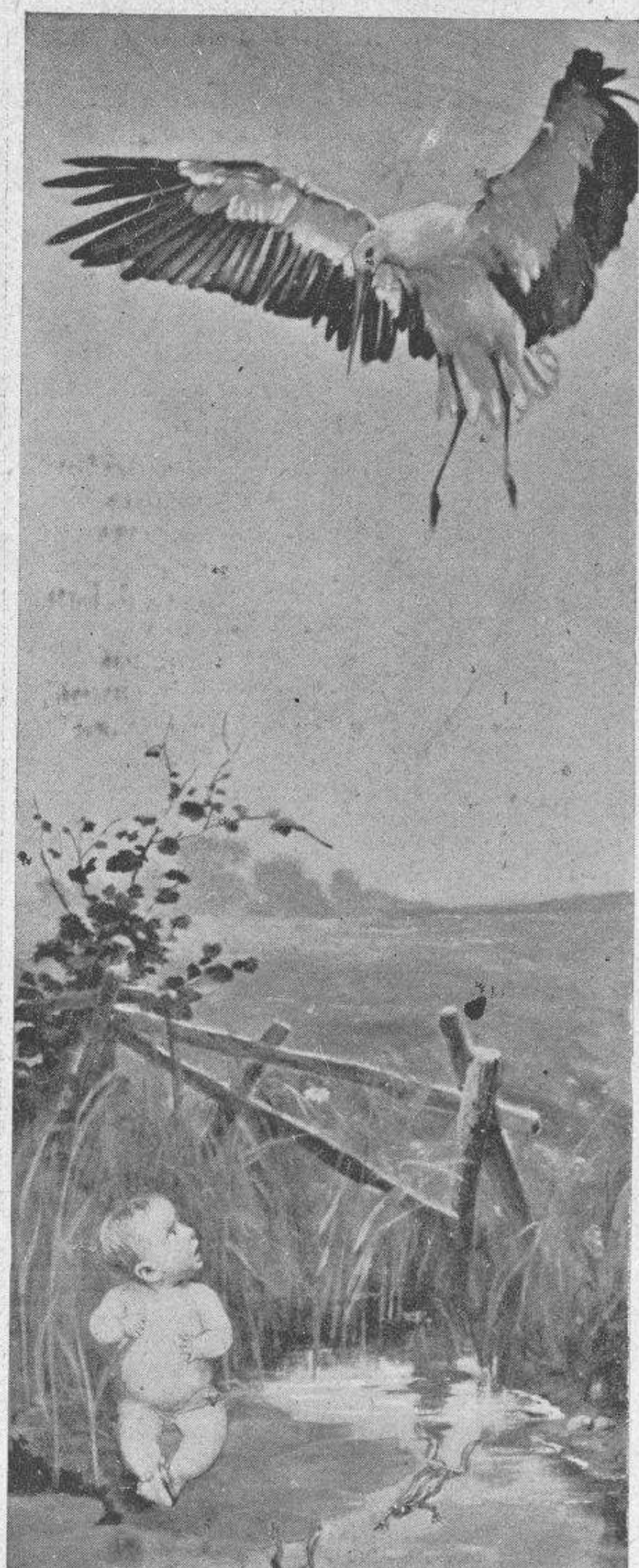
M. MAGDELBOURG. — Magdalena



## Los humildes

De ellos será el reino de los cielos; Jesús se lo prometió. Pero entre tanto, no tienen la más mínima parte del de la tierra. Para ellos los trabajos duros é inacabables, sin estímulo ni recompensa; para ellos el campo, la mina, el telar, las travesías marítimas, con riesgo y sin provecho, los puestos de soldados de fila que jamás llevarán galones, el sol que abrasa, el frío que entumece, la lluvia que cala hasta la médula, mensajera del reuma que asaetea músculo y articulación; para ellos, para muchos, el celibato forzoso ó la impía miseria padecida por la mujer anémica que la tisis acecha, por los hijos que la escrófula come, la cárcel á donde se va muchas veces porque el hambre agujijonea, y de donde se sale criminal sin redención posible; para ellos el lupanar que mata el cuerpo y el alma á la vez, el hospital para extirpar la lepra amorosa y en la vejez el atrio de la iglesia para pedir limosna con los ojos enrojecidos, los dientes azulados, temblorosos los miembros, y para las más afortunadas el marido que pega, descargando en ellas la cólera que despiertan en él la brutalidad y el cinismo del patrón imbécil ó malvado, los hijos que están destinados á ser bestias de carga y que maldicen la hora en que fueron concebidos. Una delicia, en fin.

E F. MACK



¡Sorpresa!

Leía hace pocos días en un periódico francés, que el juez que instruye el sumario para determinar las responsabilidades que puedan resultar del incendio del Bazar de la Caridad, había declarado procesados á dos individuos. ¿Sabéis quienes son? Dos míseros empleados del cinematógrafo, uno de los cuales salvó, sin embargo, de la muerte á muchas mujeres, cumpliendo con su deber, cuando tantos otros olvidaban el suyo. Son dos humildes los procesados. No se le ha ocurrido al juez procesar al barón de Mackau, presidente del Comité del Bazar, ni al arquitecto que desconoció el riesgo y no supo precaver el peligro que aquella construcción implicaba, ni á los que prohibieron que dentro del local hubiese bombas de incendio y bomberos. El humilde carga una vez más con la responsabilidad ajena, porque la catástrofe que ocurrió por la inflamación del éter y de las láminas de celuloide, pudo originarse por cualquiera otra causa. Aquel Bazar de la Caridad era un polvorín. La menor chispa debía determinar su total destrucción. ¿Por qué, pues, cargar sobre los humildes la responsabilidad del siniestro? Porque lo eran. Y porque es bien que los humildes paguen las faltas de los vanidosos y de los fuertes.

DEVIL.

---

### Gantares

Te querré hasta que me muera;  
te lo juro por las cruces  
de los hierros de tu reja.

Amores que de otro fueron  
ni me los des ni los busco,  
porque no quiero que digan  
que era mayor el difunto.

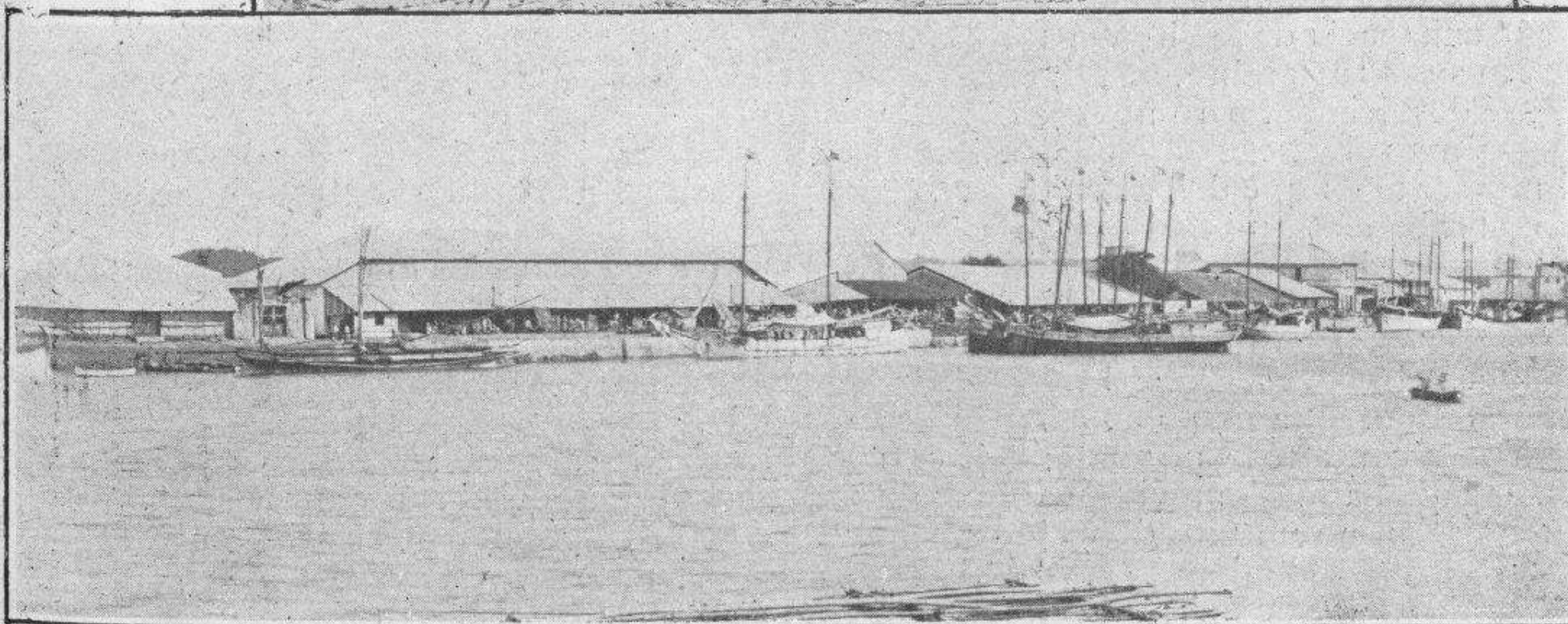
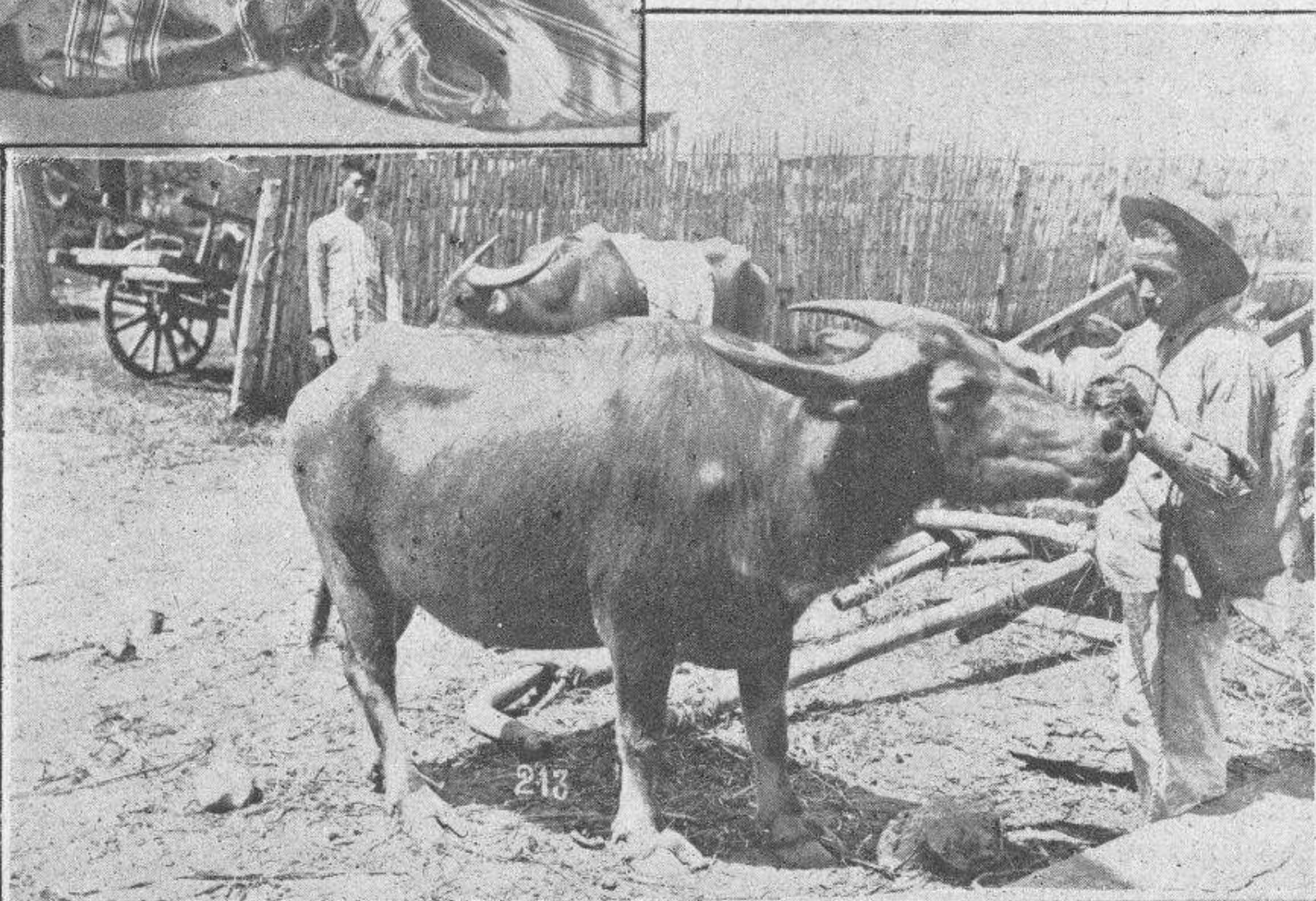
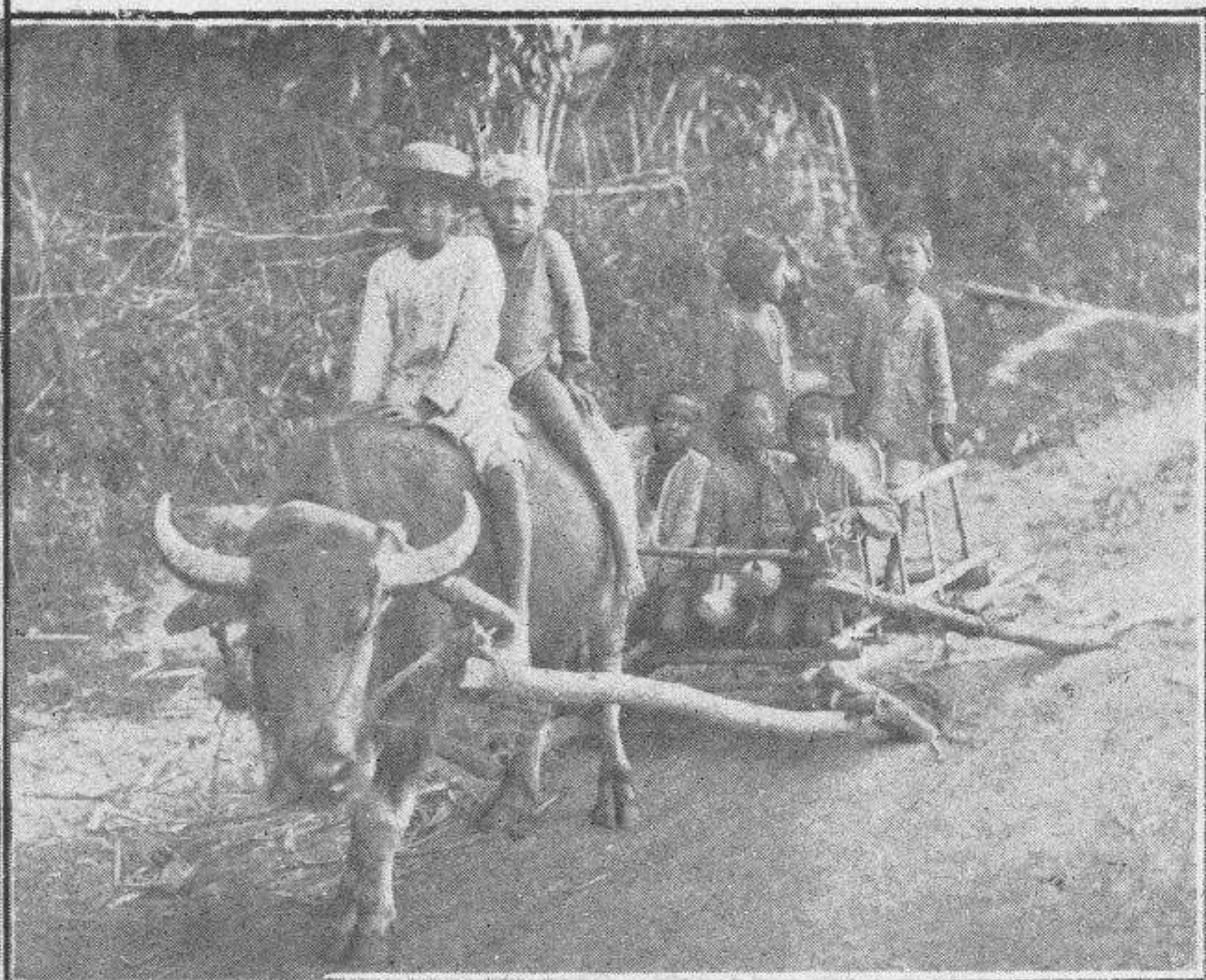
Es mi cobarde cariño  
cual mata de regalíz;  
pequeño y obscuro el tallo,  
honda y dulce la raíz.

Hablen otros de la mar  
que el arroyo es mi placer;  
y es que ellos van á mirar,  
pero yo voy á beber.

L. ROYO VILLANOVA.



TIPOS Y COSTUMBRES FILIPINAS



1. La mestiza. — 2. En el carabao. — 3. Unciendo el carabao. — 4. Detalle del muelle de Ilo-Ilo



## El último adiós

Al fin pude verla asomada á la ventanilla y dirigiendo sus ojos en mi busca, mientras la máquina avanzaba con lentitud majestuosa por el andén, arrastrando los vagones, que sacudían con intermitente chirrido sus músculos de hierro.

«Voy al convento de X...; pasaré por ahí; sal á esperarme y nos daremos el último adiós».

Esta carta, la primera noticia que recibía después de cuatro años de la compañera de mi infancia, de la que compartió conmigo los juegos tumultuosos de la niñez, me hizo acudir á la estación más entristecido que alegre; y mi tristeza subió de punto cuando, al estrechar entre mis manos las suyas, contemplé su rostro hermoso, pero impasible y frío, como los de esas estatuas del Renacimiento que retratan á un tiempo la belleza y la muerte.

Era ella; pero ¡qué diferencia tan grande existía entre aquel rostro alegre, lleno de vida y de expresión, que yo miraba como una aurora en los comienzos de mi juventud, y el rostro que se me ofrecía entonces, arrebuado en una toquilla obscura! Los ojos grandes y negros, donde brillaran antes todas las pasiones y todos los deseos, miraban con triste y monótona indiferencia; sus labios, abiertos siempre por una sonrisa juguetona y fresca, ostentaban un pliegue sombrío; las curvas de su garganta y de sus mejillas tendían á convertirse en líneas angulosas. Era otra mujer; más que ella misma, resultaba un recuerdo borroso de su propia imagen.

—¿Qué es esto? la dije.

—Que abandono la aldea y voy á meterme en un convento.

—¿En un convento?

—Sí. Ya sabes que estamos muy pobres; la vida es muy difícil; el trabajo falta muy á menudo, y, además—añadió con acento igual y monótono como el que repite una lección aprendida de memoria—el mundo sólo ofrece miserias, malos ejemplos; la vida es una senda de abrojos; un camino breve á cuyo término se encuentra el cielo, única esperanza y exclusivo fin de todos los seres. Pues bien: yo quiero ganar ese cielo, y me voy al convento á ponerme el sayal humilde de la religiosa, á rezar por los pecadores, á pedir á Dios de rodillas la salvación de mi alma y la salvación de los míos; á ser santa, á ser buena...

—¡Pero es posible! exclamé yo con amargura. ¿Y tu madre? ¿Y esa pobre anciana? ¿Qué va á ser de ella sin tí?

—¡Mi madre!... Mejor auxilio puedo prestarle con mis oraciones que con mi trabajo. ¿Qué importa que las necesidades la aflijan en la tierra, si Dios le abrirá sus brazos, por mi intervención, después de su muerte?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha aconsejado eso? exclamé yo con asombro,

—El señor curá, que es un santo varón y me quiere mucho, y sólo piensa en ganar almas para la gloria.

—Mira, hermana, la dije. Tú tienes la obligación de creerme; fuí tu compañero en la niñez, tu amigo en la juventud, tu apoyo en los trances difíciles de la vida. Pues bien; yo te aseguro que el acto á que te inducen, es una infamia; que dejar sola á tu madre cuando la vejez se cierne sobre ella, es una traición; que abandonar el mundo por temor á la lucha, representa una insigne cobardía. Tu deber consiste en pelear cuerpo á cuerpo con la miseria, con los sufrimientos; en atender con el fruto de tu trabajo, sea cual fuere, los últimos días de esa anciana que te ha dado la sangre de sus venas y los tesoros más recónditos de su espíritu; en amar y en ser amada; no confundirte en un claustro para vivir la existencia de los hipócritas y de los egoístas.

No sigas tu camino, añadió; baja de ese coche; vuelve á la aldea; sé pobre, pero sé mujer; sé desdichada, pero no seas cobarde é inútil.

—¡Imposible! exclamó ella, á tiempo que el primer silbido de la máquina anunciaba el momento en que debía arrancar el tren. ¡Imposible! El cura es un santo y me aconseja eso; él sabe más que tú.

—Es verdad, repuse; ha sabido extinguir en tu alma todos los arranques generosos.

—¡Adiós! murmuró ella con voz tranquila, á tiempo que la máquina, atrayendo hacia sí los vagones con un movimiento brutal, arrojaba bocanadas de humo negruzco por la metálica chimenea. ¡Adiós!...

Y me alargó la mano en ademán de despedida.

Yo no contesté á su saludo; dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo y miré con angustia aquella masa móvil que se perdía entra las brumas del crepúsculo, y se me antojó que miraba, no un tren de viajeros, sino uno de esos trenes mortuorios que conducen el cuerpo inanimado del sér querido, y lo arrastran con rapidez vertiginosa para depositarlo lejos, muy lejos de uno, en el hueco impenetrable de la tumba.



J. TRIADÓ



Abnegación



¡Lástima que no la acompañara el cura del pueblo para rezar el último responso sobre aquel cadáver!

No pudo ir. El buen señor sigue en la aldea engordando y educando almas para el cielo.

¡Dios se lo tome en cuenta!

JOAQUÍN DICENTA.

## A un Goliath

Eres muy alto, Perico,  
tan larguirucho y tan alto,  
que cuanto se diga es poco,  
con ser ya mucho ese cuanto.

Andaba Naturaleza,  
cuando te hizo, de buen año,  
y por ser contigo pródiga  
le saliste duplicado.

De Dios, que te hizo, venero  
en tí los designios sabios:  
¡siendo el hombre imagen suya,  
en tí se le ve muy alto!

«¡Es muy corto!» nos decía,  
tus torpezas disculpando,

tu buena madre (que en gloria  
esté) cuando eras muchacho.

¡Dios nos guardara de tí,  
si llega á decir: «¡Es largo!»

Eres Giralda ambulante,  
eres Himalaya humano,  
Chimborazo con levita  
y altísimo pararrayos.

Sube el pan hasta las nubes,  
sube el pobre á un sotabanco;  
tú te subes en tí mismo  
y eres quien sube más alto.

Para verte cara á cara  
se hacen precisos los zancos,  
y para hablarte al oído  
hay que subirse á un tejado.

Vas por la calle y «¡Un globo!»  
gritan á una los muchachos.

Todos miramos arriba...  
¡y tú miras hacia abajo!

La carencia de cerillas  
te tiene á tí sin cuidado,  
que enciendes en los faroles  
sin más que extender la mano.

Vas á hacerte un traje, y no hay  
sastre que tome el encargo,  
si no le pagas el doble  
por las hechuras y el paño.

De uno sé que intentó un día,  
con arrojo temerario,  
tomarte medida para  
un gabán de corte largo.

Empezó por la cintura  
al cumplir los veintiún años,  
¡y era ya viejo el pobrete  
cuando llegaba al sobaco!

¡Feliz tú, que nunca puedes  
tener pensamientos bajos,  
ni haber ideas *rastreras*,  
ni quedar *corto* en tus cálculos!

Voz del cielo me parece  
tu voz si contigo hablo,  
ó son de campana alegre,  
que baja del campanario.

No saltes, hijo, no saltes,  
que si das tú un solo salto,  
te descalabras con Venus  
ó te hace un chichón Urano.

Eres de oficio humildísimo  
y ocupas puesto *muy alto*,  
tonto y *te pierdes de vista*,  
necio, y *te pasas de largo*.

Atrevimientos contigo  
no los tendrá sér humano,  
que *subirsete á las barbas*  
es subir muy arriesgado.

Diéranme á mí la escalera  
y el punto de apoyo y... vamos,  
¡no subiera yo allá arriba  
por temor al batacazo!

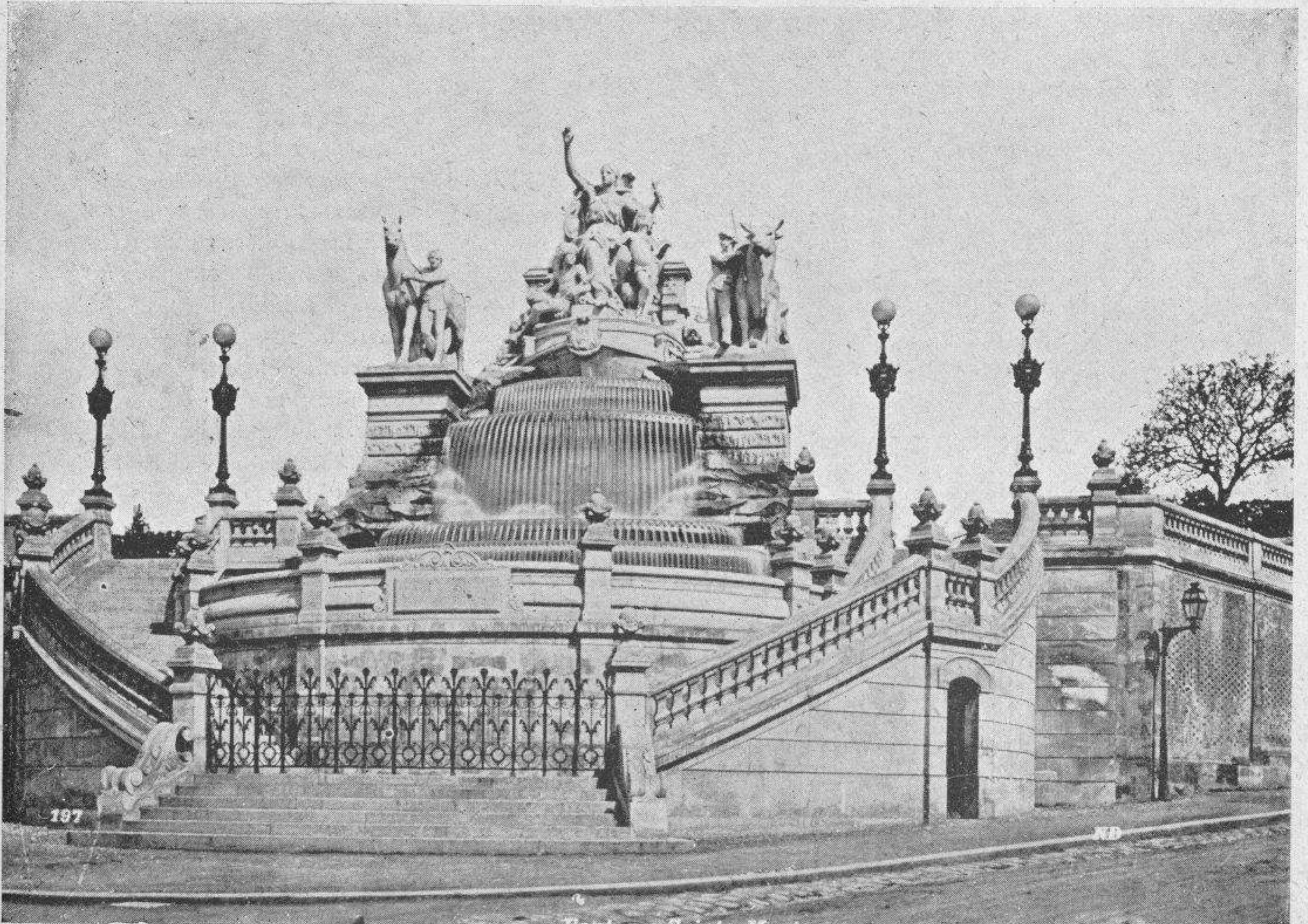
Y adiós, que siento la pluma  
ronca, aunque parezca extraño,  
que voz que á tu oído llegue  
hay que escribirla gritando,  
y que, con ser estos versos  
á la medida ajustados,  
me están pareciendo cortos  
para hombronazo tan largo!



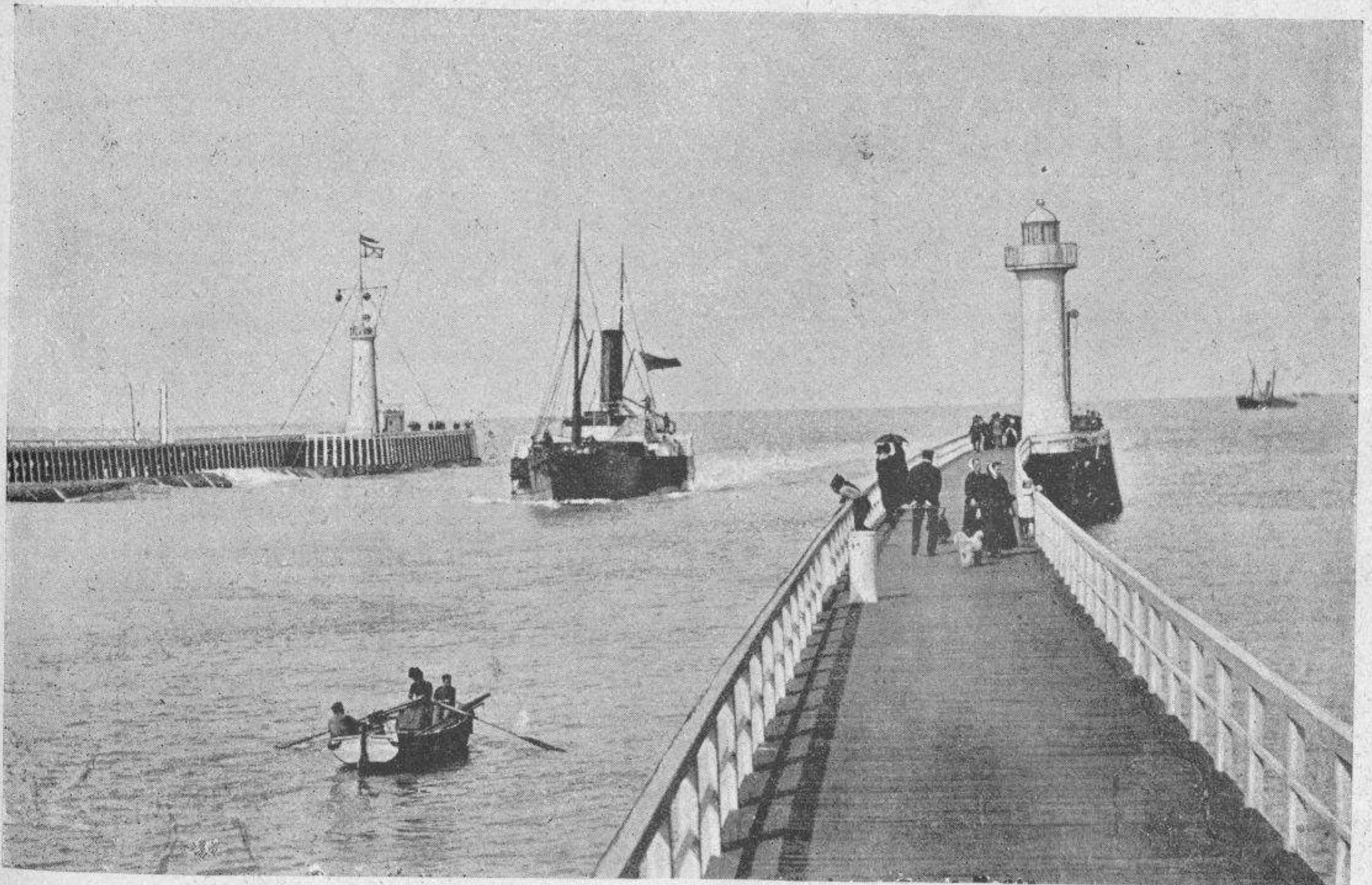
G. MAX.—La última mirada

J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA





ROUEN. — Fuente de Santa María



BOULOGNE-SUR-MER. — Entrada de un paquebot inglés durante la marea alta



## El señor Indeciso

Vivía un señor en Soria,  
tan raro y tan fastidioso,  
que se había hecho famoso  
por su indecisión notoria.  
Era tan irresoluto  
y tal su vacilación,  
que variaba de opinión  
mil veces en un minuto.  
Con objeto de vivir

A. TORIJA



con toda comodidad,  
una casa en la ciudad  
quiso una vez construir,  
y con tales intenciones,  
fué avisado un arquitecto  
para que hiciera el proyecto  
según sus indicaciones.  
—Mire usted—decía:—aquí  
pondremos el comedor;  
ó sino será mejor  
la cocina. ¿Estamos?—Sí.  
—En la fachada de Oriente  
la sala con tres balcones.  
Aquí, dos habitaciones.  
¿No es eso?—Perfectamente.  
—Tres balcones nada más  
son pocos para este lado;  
ponga usted cinco.—Enterado.  
—Y otros cinco por detrás.  
No; detrás mejor será  
colocar cinco ventanas.  
—Con persianas?—Con persianas...  
aunque lo mismo me dá.  
—Pondremos sólo dos pisos...  
pero no; pondremos tres.  
—Como usted quiera.—Eso es:  
yo creo que son precisos.  
Ponga aquí una chimenea;  
digo... no la ponga usted...  
Que sí... que no...—Vaya, ¿en qué  
quedamos?—En que sí... ¡eal!  
De esta manera angustiosa  
iban el plano trazando,  
ya poniendo, ya borrando  
cien veces la misma cosa.  
El pobre arquitecto estaba  
harto ya de aquel señor  
que se hacía abrumador  
de tanto como dudaba.  
Y así hubieron de trazar  
el despacho, el gabinete...  
Mas llegaron al retrete  
y ¡vuelta á titubear!,  
pues se presentó la duda  
si poner un agujero  
ó dos... y en el caballero  
fué la indecisión bien ruda:  
hasta que el otro, quizás  
aburrido ya, exclamó:  
—Pues en esto opino yo  
poner uno nada más;  
porque siendo dos, habría  
usted de titubear  
cual agujero ocupar  
y entonces sucedería,  
con tantas vacilaciones  
y zozobras, que primero  
que elegía el agujero,  
¡se ensuciaba en los calzones!

¡De la propia Seviya, cabayeros!

MANUEL LASSA.



Te conocí una mañana,  
me engañaste, anochece...  
Desde esa noche no he vuelto  
mi alma a ver la luz del sol

Te estimé en lo que valías,  
tu te apreciastes en poco,  
hay por lo que Dios te vendes  
por no perder no te compres

Las mis esperanzas hajas  
que se va llevando el viento;  
mi corazón es el tronco  
que se va quedando seco

Javier de Burgos



Barcelona 14 de Mayo de 1897  
Gerónimo Giménez

JAVIER DE BURGOS y GERÓNIMO GIMÉNEZ

Autores del notable sainete lírico *La boda de Luis Alonso*



## Sabiduría árabe

El violento amor que los orientales sienten por las mujeres es causa de los celos que conciben y de las precauciones que toman para asegurarse de la fidelidad de sus esposas, más ó menos legítimas.

Ahmed, guapo mozo, tenía una mujer de tan maravillosa belleza, que todas las precauciones le parecían pocas para guardarla. Ella le aseguraba que le quería, y no tenía motivo para dudarlo; pero la desconfianza hacía que siempre tuviese el alma en un hilo.

Compró un espejo mágico, donde, merced á un poderoso conjuro, debía aparecer el rostro del hombre con el cual le engañara.

Ahmed pagó religiosamente el precio del espejo, y apenas estuvo en su casa, pronunció las palabras del conjuro.

Con gran sorpresa suya apareció en la tersa superficie su propia imagen.

Absorto, fuese en busca de un sabio que le explicara aquel misterio, y el sabio le dijo:

—La mujer engaña siempre como el hombre. La tuya está tan bien guardada que no puede engañarte. Pero en su imaginación crea las formas y los rostros de otros hombres y te engaña contigo mismo.

Ahmed rompió el espejo y quitó las rejas de su casa. El adulterio moral de su mujer era algo peor que un incesto.

A. RIERA.

---

A. HORLZ



La enfermita





## Tres, eran tres...

*Tres, eran tres,  
Las hijas de Elena,  
Tres, eran tres,  
Y ninguna era buena.*

También eran tres las hijas de doña Paula.  
Pero las tres buenas, buenísimas.  
Y guapas, guapísimas.  
Y elegantes. Un poquillo cursis, tal vez, según pretendía mi condiscípulo Pepe Loma, que por pertenecer á la alta sociedad, manifestábase muy exigente.  
Pero su cursilería, caso que existiese, era elegantísima.

Al menos así me lo parecía.  
La más joven, Pilarica, tendría en la época que empecé á tratar á «las de Marcones», como así las llamábamos, unos veinte años. Era rubita, menudita, graciosísima, vivaracha. Hubiera sido capaz, con su garbo y su alegría, de galvanizar á un agonizante.

Rosario personificaba el tipo lánguido, sentimental. Sonreía con frecuencia, pero con melancolía. Tenía la tez pálida, los ojos negros, el pelo castaño, un talle esbelto y unas manos primorosas; manos de duquesa, según decía Loma. Contaría ya sus veinticuatro abriles.

«Ambas á dos» me gustaban mucho; pero la que me entusiasmaba de veras era la mayor: Consuelo.

¡Qué mujer, caballeros, qué mujer! Alta, arrogante, de pronunciado seno, cintura leve y voluptuosas caderas. Su rostro, de líneas griegas, de expresión severa y dulce á un tiempo, su talante gentil y majestuoso, evocaban en mi mente la imagen de Diana, la mitológica deidad. Contaría ya Consuelo sus treinta primaveras, y yo acababa de cumplir mis veinte; pero si me hubiesen dicho entonces: «¿Quieres casarte con ella?... de tí depende tan sólo,» habría aceptado con delirante gozo. ¡Poseer legítimamente—ya que no había otro medio—á aquella hembra tan superior!... Este pensamiento bastaba para enardecerme la sangre, caldearme el cerebro y hacerme concebir una infinidad de proyectos á cual más disparatado.

\*\*\*

Hermosas y buenas eran las tres hijas de doña Paula. Hacendosas, además, honradas, de gustos modestos, pintadas para hacer la felicidad de un hombre; pero...



Pero no se casaban. No había medio de conseguirlo.

Y no por falta de hombres enamorados de sus encantos, sino porque..., en fin, que no veía la madre medio de desembarazarse de aquellos pedazos de su alma.

Vivían las de Marcones en la calle de \*\*\*; una calle muy antigua, en la que ocupaban un cuarto principal, muy chiquito, cuyas viejas paredes habían visto probablemente pasar tres generaciones al menos. El mobiliario era sencillo, añoso, pero limpio; toda la casa respiraba la más escrupulosa pulcritud.

Con la corta viudedad de la madre—ex-capitana de lanceros—y con la labor de las chicas, que tenían unas manos de plata, pasábalo el femenino cuarteto con cierto humilde bienestar. De los siete días de la semana, los seis se trabajaba de firme; al llegar el domingo, se iba á misa por la mañana, á paseo por la tarde y de ocho á once de la noche recibíase á dos docenas de amigas y de amigos...

¡Qué de noches agradabilísimas pasé durante un año en la alegre tertulia de la calle de \*\*\*!... Cuando vuelvo hacia el pasado mi entristecida mirada, pareceme ver todavía el saloncito en donde nos apiñábamos diez ó doce *pollos*, otras tantas *pollas*, bailando al son de un piano desafinado, charlando alegremente ó suspirando amorosas frases, en tanto las mamás y las tías, sentadas en el sofá y en los sillones de *reps* azul, platicaban tranquilamente sobre el precio cada vez más escandaloso de la carne y de las verduras.

Lejana es la visión... más de veinte años han transcurrido, y todavía contempla mi espíritu aquel cuadro juvenil... Ante mis ojos pasan las siluetas de Paco D..., el regocijado estudiante cautivo hoy en una casa de locos; de Luís P..., el elegante alférez, muerto hace algunos meses en la manigua cuando acababa de conquistar sus galones de coronel; de Pilarica, la infatigable danzarina, cuyas sonoras risas respondían a las declaraciones de sus adoradores; de Rosario, la romántica Rosario, bailando lánguidamente y escuchando con gesto de duda la apasionada frase que mi condiscípulo Antonio vertía en sus oídos; de Consuelo, en fin, cuya escultural belleza y andares de diosa me tenían irremisiblemente chiflado...

\* \* \*

«No... lo que es esperar, no espero más... El domingo que viene me declaro; me declaro en toda regla, y si ella quiere, si ella me dice que sí, la pido á su madre y me caso... ¡vaya si me caso! No sé cuando podré casarme; porque eso si que no lo sé, la verdad. Tengo que concluir la carrera y obtener el consentimiento de mis padres—que no me lo darán, de seguro...—y asegurarme una posicioncilla, aunque sea modesta, para mantener á mi mujer. Todo eso exigirá algún tiempo, bastante quizás; pero no importa... yo he

de casarme con esa mujer celestial; se me pudriría la sangre, me volvería loco si tuviese que renunciar á Consuelo, si no me alentase la esperanza de que un día será mía. ¿Qué tiene diez años más que yo?... Bien ¿y qué? Mejor: así estaré más seguro de su cariño, de su fidelidad; sólo las mujeres de treinta para arriba saben amar verdaderamente. Lo dicho: el domingo próximo la pido relaciones...»

Así decía una noche del mes de Abril, al salir de la tertulia de las de Marcones. Había bailado dos habaneras, dos mazurkas y un valz final, — ¡qué valz aquél, Dios mío!—con Consuelo, y estaba convencidísimo de que ella había correspondido á mis miradas con otras impregnadas de ardorosa expresión; hasta hubiera jurado que su

protuberante seno, apretado contra el mío, palpitaba con violencia y que su mano tibia, suave, contestaba amorosa á la tímida presión de mi mano.

Con impaciencia febril aguardé que llegara el domingo; estábamos ya á viernes y contaba las horas que me separaban del suspirado momento, cuando tropecé con Pepe Loma que, riendo como un idiota, me dijo:





BOUGUEREAU



Un alma al cielo

H. KÖNIG



En la arena



- ¿A que no sabes?... Se concluyeron las reuniones de doña Paula.  
 —¡Cómo!... ¿qué dices?—exclamé temblando.  
 —Lo que oyes: se concluyeron las reuniones. ¡Claro! ¡después de ese escándalo!...  
 —¿Pero qué ocurre?  
 —Ocurre que Rosarito, la poética Rosarito se ha fugado.  
 —¡Fugado!  
 —Sí; y con Desmariñas, nada menos.  
 —¿Con Desmariñas?... ¿Con el viajante andaluz? Pero si está casado...  
 —Pues, *velay*, ahí está la gracia—concluyó Loma, soltando la carcajada.

\* \* \*

No volví á ver más á las de Marcones. Díjose entonces que la madre y las dos hijas que á su lado quedaban, habían ido á esconder su amargura y su vergüenza en otro barrio más lejano y que permanecían siempre encerradas.



Y pasaron muchos años, muchos años; apenas si de vez en tarde recordaba yo á aquellas pobres chicas y el volcánico amor de tres meses de invierno. Pero hace pocos días, al doblar una esquina, ví á las tres hermanas... Sí, eran ellas; las reconocí al punto, no obstante el estrago del tiempo: iban sencilla, casi pobremente vestidas, silenciosas, mirando al suelo. Pilarica se mantenía todavía algo frescachona; Rosario, pálida, mústia, hecha un esqueleto; Consuelo, encorvada, encanecido el pelo, arrugada la severa faz, una verdadera ruína...

Salían de un portal vetusto, en cuyos dinteles canturreaba un zapatero de viejo, ocupado en remendar unas botas.

Me acerqué á él, le saludé y, después de ponerle una peseta en la mano, le dije:

—Dígame usted, amigo: ¿estas señoras que acaban de salir viven en esta casa?

- Ahí viven, si señor: cuarto piso, segunda puerta; las señoritas de Marcones.  
 —¿Y su mamá?  
 —¿Doña Paula?... Murió hace dos años.  
 —Y... ¿son solteras las tres?  
 —Solteritas, si señor... ó solteronas, como usted quiera.  
 —Muchas gracias.  
 —No hay de qué.

JUAN BUSCÓN.

### Cantareitos

Si quieres ser rey del mundo  
 te enseñaré dos refranes:  
*el mejor don, Don Dinero,*  
*tanto tienes, tanto vales.*

—  
 Madre, yo compré un cariño  
 en la feria del amor.  
 ¡Qué bonito era el juguete  
 y qué caro me costó!

—  
 Es el querer que me tienes  
 como la madera vieja,

que se enciende muy deprisa,  
 pasa pronto y no calienta.

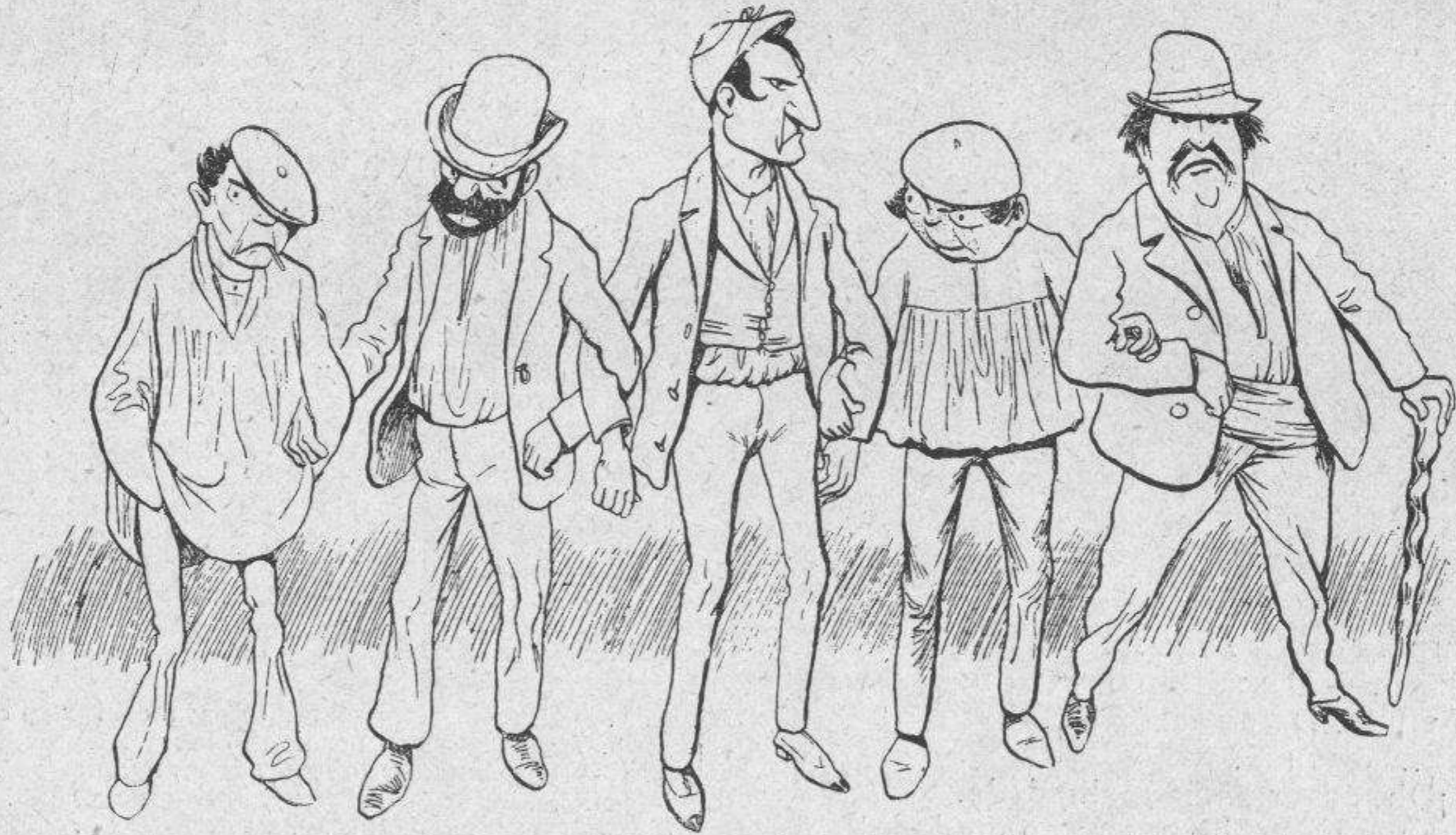
—  
 Gitana, calla esa boca;  
 ni eres mía, ni soy tuyo;  
 perrito de muchos amos  
 no quiere bien á ninguno.

—  
 Tristecito estoy  
 con muchas ojeras.  
 ¡Los bocaditos de pan que me como,  
 ya no me alimentan!

LUÍS RAM DE VIU.



DE LA DISCUSIÓN NO VIENE LA LUZ



—Hoy *tié* que pagar las copas el italiano. —¡Corpo di Baco! ¡non pago io! —Lo veremos.



—¡Las *tiés* que pagar tú! —¡Las *tié* que pagar el otro!



—Y á todo esto ¿quién paga las copas?





Un anuncio de *El Diluvio*:  
«Caballero.—Desea tomar estado con señora soltera ó viuda. Darán razón etc.»  
¿Soltera... ó viuda?

¡Oh, advertencia malhadada,  
que me ha hecho entrar en cuidado!  
¡Si habrá alguien que tome estado  
con una mujer casada!

—◆—  
Por defender á una bella  
dieron de palos á Diego.  
Ella lo sintió en el alma;  
pero él lo sintió en el cuerpo.

V. Muller.

—◆—  
Hace días han *limpiado*  
el cepillo de una iglesia.  
¡Aquí tienen mis lectores  
el colmo de la limpieza!

—◆—  
—Vengo á despedirme de tí.  
—¿Vas á reunirte con tu familia?  
—Sí: ¿quieres algo para Socorro?  
—¿Para socorro? Hombre, no me vendrá mal.  
Dame un par de duros.

—◆—  
Hacienda por sí descrita  
dice lo que es y será,  
porque es cierto que á cien da,  
pero es porque á cien mil quita.

F. Méndez.

—◆—  
—¿Qué es de D. Antonio?  
—Ha muerto esta mañana.  
—¡Imposible! ¡Si ayer noche le ví yo!  
—Y... diga V.: los que V. ve de noche ¿no  
mueren nunca.

—◆—  
—En las cosas humanas, ¿puede haber alguna  
que sea una y tres al mismo tiempo?  
—No, señor.  
—Pues mire V., esa ave ¿qué es?  
—Un pato.  
—No, señor; es pata.  
—Bueno; pero es una pata.  
—¿Y cuántas patitas tiene la pata?  
—Dos.  
—Pues una pata son tres patas.

## Correspondencia

A. S.—Madrid.—Llegó tarde para entrar en el número pasado. Y esas cosas en perdiendo la oportunidad...

R. R.—Barcelona.—¿Política aquí? ¡Vade retro!  
Paquiro.—¿Asuntos religiosos? ¡Guarda, Pablo!  
Requejo.—¡Pero ese cuento, señor Requejo,  
es ya muy viejo, pero muy viejo!

Q. B.—Barcelona.—¡Vive Dios, qué no está mal!  
Pero amigo, ese final...

R. R.—Madrid.—Que es exactamente lo que le pasa á los versos de V. Que están bien y tienen un saborillo clásico delicioso; pero que llegan al final... y se estropean.

A. V.—Cádiz.—No sirve.

Melón.—Idem de lienzo.

M. V.—Santander.—Cuando *mancha* y *cachaça*, odio y *bolonio* y *aro* y *matraco* sean consonantes; cuando  
*y al verla tan pálida y fría*

y otros rengloncitos de la misma medida sean versos octosílabos, y cuando esas *caídas* finales vuelvan á gustar al respetable público, entonces... ¡oh! entonces la publicaré. Ahora... nones.

A. D.—Reus.—¿Que qué le falta para tener gracia? Pues .. gracia.

F. O.—Reus.—Es larga.

Airam.—Es verde.

D. de J.—Barcelona.—Es sosa.

F. de P.—Madrid.—Y esa es larga, verde,  
y además sosita...  
(¡Vaya una semana,  
más desgraciadita!)

B. C.—Barcelona.—Efectivamente, se traspapeló. ¿Quiere usted mandármela de nuevo?

Un creyente.—Que por lo visto cree que *Madrid* y *deslig* son consonantes. Y mientras no abjure V. esas creencias!...

No son publicables—y siento que la falta de espacio me impida decir porqué—las composiciones con cuya remisión nos han honrado los señores A. S., *Tartarin de Vallvidrera*, B. B. y *El Manitas* (Barcelona).—C. R. (Madrid).—E. M. y *Arza palante* (Bilbao)—J. C. (Santander).—V. L. (La Coruña).—P. P. de P., Q. K. *Racha* y *Er tio Caniyas* (Sevilla).—*Antón Perulero* (Segovia).

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia  
al administrador D. PEDRO MOTILBA  
Rambla del Centro, Kiosco número 3

## \* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . . . . 6 pesetas  
Año. . . . . 11 »  
Extranjero y Ultramar, un año . . . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos  
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado